

Nazaret, frontera religiosa

Ramón Armengod*

SIN las imágenes televisivas que recogían el cierre de los santuarios católicos en la antigua Tierra Santa, hoy Israel-Palestina, un incidente menor, pero muy significativo, ocurrido en la frontera temporal entre los monoteísmos en Próximo Oriente, hubiera pasado desapercibido para la audiencia europea.

El jubileo 2000, ocasión de reafirmación de la entidad católica, se enfrenta en Tierra Santa con la permanente afirmación del Islam en su área geográfico-cultural, especialmente fuerte en los últimos años, que se complica por la presencia del Estado de Israel, árbitro interesado en las contiendas de los otros dos monoteísmos.

El Ayuntamiento de Nazaret, ciudad considerada cristiana pero ahora de mayoría musulmana (Belén es otro ejemplo de lo mismo) ha querido, por razones de imagen y turismo, acondicionar una gran plaza ante el santuario de la Anunciación para facilitar el acceso a los peregrinos. Los radicales islámicos han localizado oportunamente los vestigios de la sepultura de un santón de su religión en ese mismo espacio, reivindicándolo para edificar una mezquita. Es ésta una práctica habitual en tierra del Islam, donde raramen-

* Diplomático y escritor.

te un santuario cristiano escapa al marcaje de un minarete que atruena y borra la paz acústica y espiritual de las «gentes del libro», como define el Corán a los cristianos.

El nefasto gobierno de Netanyahu, por no crearse problemas o por atizar el fuego entre palestinos de ambas religiones, medió salomónicamente reconociendo la pretensión de los islamistas radicales, y concediéndoles una parte del espacio ante el Santuario católico, aplazándose la construcción de la mezquita hasta terminar el Jubileo.

Los islámicos no han aguardado ni a que termine 1999 para poner la primera piedra, provocando el cierre de los santuarios católicos en Palestina y la protesta de la Santa Sede ante el gobierno israelí de Ehud Barak, por un hecho que no encaja en el clima de concordia religiosa que el Vaticano desearía que existiese cuando se realice el viaje de Juan Pablo II a Tierra Santa, en la primavera del 2000. El enfado de los católicos ha propiciado la condena casi unánime que las jerarquías religiosas de Jerusalén, incluyendo las islámicas y la del presidente de la Autonomía palestina, Arafat, han hecho de la actitud de los islamistas.

Tres religiones y una sola tierra

ASÍ ha quedado despachado el incidente. No es fácil para la mentalidad secularizada europea calibrar su significado, por la difícil comprensión de hechos sociológicos-religiosos. Pues si del conflicto arabo-israelí se tiene información continua y una comprensión más o menos exacta, el factor religioso del mismo no suele ser analizado suficientemente, confundiéndolo con lo cultural y lo étnico.

Conviene por tanto recordar que el Estado judío está dividido en una mayoría occidentalizada y una minoría fundamentalista religiosa, muy activa, cuya base común es étnico-cultural. Los palestinos, tanto los de nacionalidad israelí como los habitantes de la Autonomía y los territorios ocupados, se hallan así mismo divididos en una mayoría islámica de la que forman parte desde el común de este pueblo, de identidad arabo-islámica, hasta los grupos islámicos radicales y una minoría, cada vez más pequeña, de cristianos de variopintas confesiones, con predominio de la ortodoxia, unidos por una común adhesión al nacionalismo arabo-palestino.

A esta realidad sociológica se superpone una estructura jurídico histórica de lugares santos y propiedades, cristalizada en el siglo XIX, en los que se reconocen las comunidades que habitan Palestina. Hay que señalar, sin embargo, que en torno a dicha estructura se da un perpetuo forcejeo que

refleja los cambios del poder político, el pulso de cada monoteísmo, las costumbres de las comunidades que sucesivamente han habitado y habitan Palestina, la pujanza y calibre de los mismos, etc.

El Estado de Israel, sucesor, de hecho en unos casos y de derecho en otros, del Mandato británico, se ha encontrado con unas obligaciones internacionales con respecto a esa estructura, que ha aplicado para propio provecho, erosionando muchas veces los derechos de las comunidades. El tratamiento de la cuestión de Jerusalén, la constante alteración de la realidad demográfica y urbana de la ciudad tres veces Santa es el ejemplo principal del respeto, o mejor de la falta de respeto, al *status quo* jurídico heredado de británicos y turcos, por parte de los gobiernos sucesivos de Israel.

Por tanto, se comprende mejor el temor de las autoridades religiosas cristianas y musulmanas en Jersalén ante cualquier hecho que altere el castillo de naipes de santuarios y propiedades en Palestina. También se aprecia mejor por qué los sectores radicales de cada comunidad buscan alterarlo arrastrando a sus propias autoridades políticas y religiosas, así como la constante tentación o amenaza que para los políticos constituye el fanatismo religioso de las masas.

El gran perdedor sobre el terreno es el cristianismo, cuyas comunidades tienden a escapar del conflicto arabo-israelí marchándose de Palestina. En este sentido el viaje de Juan Pablo II en el umbral del Tercer Milenio puede ser la última ocasión para que el Papa de Roma pueda visitar a comunidades nativas católicas, aunque los santuarios queden abiertos al turismo religioso a lo largo del siglo XXI.

Por último, incidentes como éste muestran, si ello fuese necesario, la distancia que hay entre el diálogo interreligioso en la cumbre y las tensiones y rivalidades que se dan en la coexistencia de las bases religiosas de los monoteísmos. Y esto no sólo en el Próximo Oriente.